

El Papa negro y la elección de julio

José Carreño Carlón

A lado del nuevo descalabro de los mercados —que nos devolvió al escenario de la crisis económica— y de los nuevos golpes y posiciones en la guerra contra el hampa —que nos recolocaron en el escenario de la inseguridad pública—, los medios mantuvieron vivo en el imaginario el paso del presidente Barack Obama por México, a una semana de ocurrido. Y allí seguirá al menos hasta las elecciones de julio.

Esto recuerda el largo ciclo de vida noticiosa del segundo viaje del papa Juan Pablo II a nuestro país, en mayo de 1990, con sus efectos en las elecciones de 1991.

Tanto a Juan Pablo como a Obama los distingue un extraordinario poder de atracción de los públicos de la globalidad. Ambos llegaron a México en el apogeo de sus "reinados". El Papa polaco había roto paradigmas como el de abrir el Papado a no italianos en 1978, lo que no ocurría desde 1523. Su cruzada anticomunista había contribuido significativamente a la caída del Muro de Berlín en 1989, unos meses antes de su segunda visita a México. Y estaba por derribarse el imperio soviético, lo que ocurrió en 1991, un año después de aquel paso triunfal del Papa por nuestro país.

Por su parte, antes de llegar a México la semana pasada, Obama había roto meses atrás otro paradigma de enorme trascendencia al convertirse en el primer presidente negro de Estados Unidos. Y su activismo internacional dentro de sus primeros 100 días de gobierno recuerda el activismo planetario del Papa blanco de Cracovia, al grado de que ahora parece que tenemos en escena a una especie de Papa negro de Chicago. Es el nuevo símbolo del cambio a escala global, el heraldo de la reconstrucción del orden político y económico mundial, en ruinas tras dos décadas de capitalismo y militarismo al estilo estadounidense que siguieron a la caída del socialismo real.

Misión ¿imposible?

La principal diferencia está entre la misión triunfal de Juan Pablo —que lo llevó a la derrota

del llamado socialismo real— y una misión de Obama que hasta ahora se ve imposible: levantar el tiradero dejado en el mundo por el capitalismo financiero de EU y recomponer las alianzas político-militares lesionadas. De allí la escéptica evaluación de los medios estadounidenses ante los resultados netos de la gestión internacional de su presidente en esos campos.

Pero en cuanto a los efectos del paso de Obama por los países visitados, como México, volvamos al paralelo con la visita de Juan Pablo II en mayo de 1990. Ésta tuvo sin duda efectos en la recuperación electoral del gobierno que lo atendía y de su partido, que negociaba los cambios reclamados por el visitante en el estatus de las iglesias. Baste recordar que la visita incluyó Chalco, símbolo del Programa Solidaridad del presidente Carlos Salinas.

Aunado este dato a una recuperación económica perceptible y a la exitosa celebración de la primera, legendaria Cumbre Iberoamericana de Guadalajara, en julio de 1991, a un mes de las elecciones intermedias que entonces se realizaban en agosto, la votación a favor del gobierno y su partido superó aquel año todas las expectativas.

Obama y el PAN

Hoy, sin posibilidades de paliar siquiera la crisis económica en los siguientes meses, el éxito mayoritariamente percibido de la visita de Obama a México y de la gestión internacional del presidente Calderón, al lado de su aparición junto a otros personajes atractivos de la globalidad —incluyendo la pareja Sarkozy-Bruni—, son factores que le permitirán al gobierno contrarrestar los estragos de la crisis en las urnas.

Pero a diferencia de 1991, en que los resultados electorales y el clima de negociación le permitieron al gobierno sacar adelante reformas impensables en décadas, en 2009 nada le asegura al gobierno obtener una mayoría al menos precaria, a partir de una agresiva estrategia electoral que, eso sí, puede acabar con todo margen de negociación para sacar adelante su programa de gobierno.

jose.carreno@uia.mx

Académico

